

Algunas reflexiones sobre el concepto “memoria colectiva”

Some reflections on the concept "collective memory"

Enviado em: 19/11/2018

Aceito em: 10/07/2019

Yara Altez¹

Resumo:

Breves reflexões sobre o conceito de memória coletiva são aqui apresentadas, a partir da leitura de alguns autores que debatem a respeito, sem expor nenhum estudo de caso em particular. O objetivo principal deste ensaio foi incorporar certas ideias no debate, inevitavelmente deixando outros de lado, esperando para amadurecer aqueles apresentados aqui. Tentativas têm sido feitas para definir memórias coletivas como áreas semióticas que exigem que a crença e a afetividade dos indivíduos sejam transmitidas. Ao mesmo tempo, observa-se que indivíduos e diversos atores sociais, confundem memórias coletivas com metamemória. Essa confusão também indica a importância social da memória, mais por seu design formal do que seu conteúdo. Essas complexidades são percebidas aqui para serem desenvolvidas em textos com maior profundidade, e no final deste ensaio são refletidas como uma hipótese a ser discutida.

Palavras-chave: memórias coletivas; metamemória; memória individual.

Abstract:

Brief reflections on the concept of collective memory are presented here, based on the reading of some authors who debate about it, without exposing any specific case study. The main objective of this essay has been to incorporate certain ideas in to the debate, inevitably leaving others on the sidelines, waiting to mature those presented here. An attempt has been made to define collective memories as semiotic spheres that require the belief and affectivity of individuals in order to be transmitted. At the same time, it is observed that

¹ Doctoranda del Programa de Pós-Graduação em Memória Social e Patrimônio Cultural de la UFPel. E-mail: yara.altez@gmail.com

diverse individuals and social actors would have to confuse collective memories with metamemoria. Such confusion would also indicate the social importance of memory, more because of its formal design than its contents. These complexities are only noticed here, waiting to be developed into larger texts, and at the end of this essay they are captured as hypotheses for debate.

Keywords: collective memories; metamemoria; individual memory.

Introducción

El concepto *memoria colectiva* reviste una complejidad mayor que el de memoria individual, por lo cual suele ser objeto de revisiones y debates conceptuales. El objetivo de este ensayo es participar en dichos debates, emitiendo algunas deducciones fundamentadas en la lectura de autores diversos y de distintas épocas, desde Maurice Halbwachs hasta Joel Candau. Por lo tanto, no se hace referencia aquí a ningún caso en particular. No obstante, seguramente se advierta un poco la experiencia de quien escribe en investigación etnográfica, luego de hacer ciertas alusiones a estudios antropológicos.

Se encontrará entonces, un ensayo breve sobre la idea de memoria colectiva, resaltando su condición de ámbito semiótico que se transmite y a su vez puede ser intervenido socialmente, advirtiéndose así que las memorias no son relatos congelados en el tiempo, por lo cual son proclives a posibles cambios en sus significados. Por otro lado, se esboza una tímida idea acerca de la memoria como potencial estructura cultural. En efecto, se deja ver que la importancia de las memorias en general, y particularmente las colectivas, pone en evidencia que la idea misma de *memoria* trasciende en toda sociedad. No habría grupo ni sociedad alguna que no se funde como tal en su propia memoria. De allí el manejo de esta idea en torno a la posibilidad de condición cuasi estructural de las sociedades.

Sin ahondar en detalles, esta sospecha sobre la memoria como posible estructura cultural – que aquí no se desarrolla por completo y sólo se asoma entre líneas –, se complementa con la otra parte de la reflexión efectuada, que aborda a las memorias colectivas como objetos de disputa política entre actores diversos, pugnando por hacer prevalecer sus propias narrativas de supuestos pasados en común. Cuando acontecen

esas luchas por la memoria, suelen observarse actores plurales que reúnen a políticos, pero también a investigadores (pensando aquí en los antropólogos principalmente), entre otros. Se apunta, además, que lo sobresaliente en todos, es la confusión entre las ideas de memoria colectiva y metamemoria, concepto este último desarrollado por Joel Candau, autor que representa tal vez la mirada contemporánea más completa sobre el tema. Se reconoce entonces la primacía de sus aportes en el presente ensayo.

No obstante, a pesar de los argumentos de Candau y de otros importantes autores también citados, estas cortas reflexiones dejan por fuera muchos aspectos del debate. Resulta así una ausencia casi imperdonable, el concepto de identidad. Al mismo tiempo, no se encuentran aquí referencias a la relación de la memoria colectiva con el patrimonio, como tampoco sus vínculos con la historia. Va a añorarse también su lazo indestructible con el olvido. Se ofrece entonces una mirada parcial junto a muchas preguntas abiertas, que terminan en una hipótesis destinada a futuros debates y reformulaciones. En ésta, se destaca la importancia de la creencia en las memorias colectivas, más como un resultado de discursos políticos metamemoriales que por efecto de las narrativas particulares que en ellas estén contenidas.

Entre memoria individual y memoria colectiva: un reto a la investigación

Hablando de memorias, Iván Izquierdo destaca que hay algo común a todas, pues son “(...) a conservação do passado através de imagens ou representações que podem ser evocadas”. (IZQUIERDO, 1989, p.89). Y en efecto, como se trata de: “Representações, mas não realidades (...)” (IZQUIERDO, 1989, p.89), se anuncia ya una importante complejidad: las memorias carecen de materialidad, y por tanto no son empíricamente constatables. Ricoeur (2004, p. 14) también advierte esta particularidad, notando que las memorias estarían conformadas por imágenes de cosas ausentes. Así, los recuerdos, al ser imágenes o igualmente representaciones, convierten entonces a la memoria en un ámbito semiótico por excelencia. Esta condición sería reconfirmada por el mismo Ricoeur (2004, p.168) cuando sostiene que “(...) el recuerdo es ya una especie de discurso que el sujeto mantiene consigo mismo.”, con lo cual resalta la condición lingüística y por tanto semiótica de la memoria.

Estas consideraciones pudieran hacerse extensivas a la memoria colectiva. Sin embargo, entre memoria individual y memoria colectiva se observan diferencias notorias que impiden extrapolar resultados y observaciones de una hacia la otra. A su vez, entre ambas, pareciera que la más compleja de abordar es la memoria colectiva. Debido a ello, muchas preguntas se producen. Por ejemplo, qué constituye particularmente a la memoria colectiva, si la individual:

parece como algo radicalmente singular: mis recuerdos no son los vuestros. No se pueden transferir los recuerdos de uno a la memoria de otro. En cuanto mía, la memoria es un modelo de lo propio, de posesión privada, para todas las vivencias del sujeto. (RICOEUR, 2004: 128).

Entonces ¿cómo se conforma la memoria colectiva? ¿Cuáles son sus contenidos? Aun cuando los recuerdos son tan propios, como lo destaca Ricoeur en la cita anterior, suele observarse cierta tendencia de investigación en ciencias sociales que confía en inducir los contenidos de la memoria colectiva tras recolectar recuerdos individuales. Sin embargo, la inducción efectuada desde un conjunto o grupo social no sería opción, precisamente debido a la particularidad anteriormente advertida de la memoria personal². Pero, aun así, los estudiosos de las memorias colectivas - como los antropólogos-cuando recuperan recuerdos individuales formulan en base a ello generalizaciones sobre la memoria de grupos sociales determinados. Esta práctica, sin ser por tanto la más indicada, sí es la más desarrollada.

Desde que las enseñanzas de Halbwachs resaltaron la influencia de lo social sobre la memoria individual, apuntando frases tan importantes como la siguiente:“(...) la mente reconstruye sus recuerdos bajo la presión de la sociedad.” (HALBWACHS, 2004, p. 136), los investigadores se ocupan de las memorias colectivas a través de testimonios personales, considerándolos ya no como muestras de memorias puntuales sino como indicadores del grupo social al cual pertenecen y con el cual conviven los individuos. Sumando esos testimonios hasta generalizar, quieren hablar con propiedad de una memoria colectiva, aun cuando el recuerdo personal “(...) diferirá en proporciones más o menos grandes del recuerdo de todos los otros habitantes en función de su historia

² Y piénsese también que no sería lógicamente posible la práctica inductiva debido a las críticas a la inducción desarrolladas brillantemente por Karl Popper.

personal, de la de su familia, de las características de su propia memoria biológica, etc.” (CANDAU, 2008, p.33). De manera que los investigadores suelen estudiar la memoria colectiva a través de recuerdos individuales, a pesar de las observaciones apuntadas en torno al concepto. No obstante, y al mismo tiempo, mantienen como principio epistemológico la ascendencia de lo social sobre lo individual.

Aunque la relación entre individuo y sociedad todavía resulta compleja de explicar para las ciencias sociales (JELIN, 2002), los estudiosos de las memorias colectivas-tal como todos los investigadores de la sociedad y la cultura-reconocen la influencia de la sociedad sobre el individuo. En efecto, si bien los recuerdos individuales difieren entre sí y son tan propios, al mismo tiempo “(...) uno no recuerda solo” (RICOEUR, 2004, p. 159) pues la pertenencia a la sociedad y a la cultura condiciona y asigna sentido a lo recordado. Pero comprender cuál es el contenido de unos posibles “recuerdos compartidos” - que serían propios de la memoria colectiva - dada la diversidad potencial de los recuerdos individuales y personales, plantea un verdadero reto a la investigación sociológica, antropológica y de psicología social³, pues requiere determinar cómo se configuran esos contenidos. Este asunto se ha trabajado más a nivel de memoria individual, lo cual se aprecia en avances de las neurociencias dedicadas al área. Sin embargo, y aun dada su complejidad, no habría muchos investigadores convencidos en suspender el uso de la categoría memoria colectiva en ciencias sociales. Incluso, ésta prolifera si del ámbito político se trata, al observarse su articulación indiscriminada en discursos de toda índole, que no se ocupan de atender –además- las disertaciones, advertencias y críticas producidas por los investigadores de la sociedad y la cultura.

Posible eficacia simbólica de la memoria colectiva

El uso cuasi arbitrario que algunos actores sociales hacen de la categoría memoria colectiva, daría cuenta del valor social que ostenta, pues aun cuando se advierta sobre el cuidado conceptual que requiere, se la sigue empleando en diferentes ocasiones sin prestar mayor atención a los investigadores y sus textos. Pero anunciar su complejidad y

³ Se quiere identificar sólo las principales disciplinas que desarrollarían investigación en el área de las memorias colectivas.

seguir construyendo crítica, supone un acto de responsabilidad intelectual –y también social- que no debe abandonarse. Se podría comenzar hablando del status de los recuerdos en la memoria individual y en la colectiva.

Si la individual compendia los recuerdos -y olvidos- de lo que se ha vivido, de aquello experimentado personalmente, parece embrollado pensar en un grupo social de cualquier magnitud (desde una localidad hasta una sociedad cualquiera) recordando eventos que no todos vivieron, por ejemplo. La mayor dificultad estriba en comprender el contenido de las llamadas memorias colectivas cuando se trata de sucesos que no fueron experimentados por todo el grupo. Pero incluso aun si todos vivieron el mismo acontecimiento, surgen muchas preguntas: ¿Todos recuerdan igual? ¿Cómo se diseminan los recuerdos entre las memorias individuales de una misma comunidad? Pero las preguntas se complejizan todavía más si los acontecimientos recordados sucedieron generaciones atrás, hace mucho tiempo. ¿Esas evocaciones pueden llamarse recuerdos? Más aún, ¿pueden identificarse como memoria? Al respecto, hablando igualmente de memoria colectiva, y mostrando una pertinente acotación, Elizabeth Jelin (2002, p. 33). dice:

Están también quienes no tuvieron la «experiencia pasada» propia. Esta falta de experiencia los pone en una aparente otra categoría: son «otros/as». Para este grupo, la memoria es una *representación del pasado construida como conocimiento cultural compartido por generaciones sucesivas y por diversos/as «otros/as»*.

Ese *conocimiento cultural* de acontecimientos anteriores – siguiendo a Jelin – ha sido *compartido* (legado) por “otros” lejanos, ya extraños en el tiempo, pues pertenecen al pasado. Ellos habrían transferido ese conocimiento a quienes no vivieron ni experimentaron los dichos eventos. Se trata así de relatos que pueden ser de diversa índole y obedecer a distintas estructuras narrativas como los mitos, por ejemplo, compendios transmitidos de generación en generación, cuyo soporte es la memoria oral. Pero esa forma de legar el conocimiento cultural fue cambiando. Cuando el mundo occidental logró socializar la escritura, garantizó esa transmisión de información y conocimiento de manera mucho más eficaz y ya no sólo por medio de la memoria oral (CANDAUI, 2008). Frente al extraordinario nivel de transmisión de información experimentado hoy, puede decirse que las sociedades han mantenido – y con

persistencia – la costumbre de transferir imágenes del pasado a sus descendientes. En efecto, no se podría recordar *en* colectivo, pero sí legar y compartir *con* colectivos la información y así *re*-transmitirla en un proceso que a su vez la va transformando y *re*-significando. De esa manera “funcionarían” las memorias sociales o colectivas.

A su vez, para lograr con éxito un proceso de transmisión de recuerdos sociales, se requiere de soportes materiales especiales. En el mundo occidentalizado, éstos ya han pasado a ser repertorio cultural en sí mismo, como los museos, las instalaciones educativas y diversos lugares de memoria, entre otros. Se trata de un performance de la transmisión que en ocasiones puede ser más destacado que el propio contenido memorial. Igualmente, más trascendente que el dicho contenido transmitido, llegaría a ser la necesidad de lograr que se crea en él. En efecto, se habla entonces de personas creyendo en raíces compartidas, en un destino común y en una misma identidad (CANDAU, 2008). Esta creencia (en memorias colectivas) sería ya una necesidad política de la modernidad, presente por tanto en todos los estados nacionales, lo cual anuncia ya control y autoridad. No obstante, también se ha observado en algunas sociedades étnicas, en donde las historias sobre orígenes comunes transmitidas en mitos y relatos varios, funcionan también como instrumentos de control político. En ese sentido, podría pensarse que las llamadas memorias colectivas obedecen a estructuras de transmisión mantenidas históricamente por motivos asociados generalmente a necesidades políticas, pues se transmiten para lograr que los individuos creen en la memoria colectiva, y esa es entonces una manera de ejercer control sobre ellos. Los relatos de una memoria colectiva serían aceptados sin cuestionar ni investigar su veracidad, por lo cual suele privar así la creencia en los mismos.

Sin embargo, se ha dicho que se puede subvertir ese control, pues las memorias son planos simbólicos y los actores sociales lograrían intervenir en ellos para *re*-apropiarse de sus contenidos y así elaborar nuevos discursos sobre el pasado (GILI, 2010). Dicha intervención es posible pues: “(...) toda memoria es una reconstrucción más que un recuerdo” (JELIN, 2002, p. 21). Significa entonces que los contenidos transmitidos no permanecen estáticos y se van *re*-construyendo. Sumado a esta afirmación, también podría decirse que mientras acontece la posibilidad de *re*-significar el contenido de las memorias, va sobreviviendo airoso el hecho en sí de la memoria social, ya convertida en

estructura/soporte históricamente consolidada. Habría permanecido entonces como necesaria la transmisión de conocimientos históricos a través de los siglos, por encima de sus posibles contenidos, pues “(...) transmitir una memoria, y hacer vivir de ese modo una identidad, no consiste en legar apenas un contenido, sino una manera de ser en el mundo” (CANDAU, 2008, p.116). En resumen, podría anotarse que la transmisión de las llamadas memorias colectivas sería, antes bien, un componente estructural/formal de las sociedades, práctica extendida que da cuenta –por tanto- de nuestra *manera de ser en el mundo*.

En síntesis, los individuos creen en la existencia de una memoria colectiva, gracias a procedimientos culturales de transmisión, y esta creencia podría ser más determinante que lo transmitido en sí, al poner en evidencia su función: la eficacia simbólica misma de la llamada memoria colectiva. Para comprender este hecho, es necesario valerse de la categoría *metamemoria* esgrimida por Joel Candau.

De memoria colectiva a metamemoria

Aun cuando se diga que el concepto memoria colectiva se haya vuelto disfuncional e ilusorio (HUYSEN, 2014) frente a la compulsión memorialista contemporánea de las sociedades modernas (CANDAU, 2009), la creencia en orígenes comunes, en historias compartidas, o en pasados familiares, no cesa, sino se ha hecho entonces mucho más evidente y necesaria, tal como se observa hoy en ámbitos locales y pequeños grupos. Esta presencia inflacionaria de las memorias, actualmente experimentada, debilitaría a las llamadas *retóricas holistas* (CANDAU, 2008) sobre identidades y memorias colectivas. Pero nótese también que la inflación memorialista, estaría reforzando el sentido mismo de memoria e identidad⁴, el cual funda pertenencia y garantiza la sobrevivencia simbólica de los grupos. La trascendencia alcanzada por las ideas de memoria e identidad mantiene vigente el crédito cultural de las narraciones sobre pasados comunes, de lo cual suelen apropiarse políticamente algunos actores diversos, desde los partidos, pasando por organizaciones no gubernamentales hasta los gobiernos. Así, “todos” hablan de memoria

⁴ Quede para otra oportunidad una discusión sobre este concepto que se sabe siempre unido al de memoria aun cuando aquí no se le desarrolle.

e identidad colectivas, afirmando su existencia sin mayores corroboraciones, asegurando, por consiguiente, la reproducción de la creencia social en ambas. Al respecto, pueden observarse especialmente los discursos tanto de derecha como de izquierda, emitidos por líderes políticos, actores culturales y por representantes gubernamentales en general.

Personajes emisores de los discursos, públicos receptores, pero también investigadores de la sociedad, la historia y la cultura, repiten –entonces- la noción de memoria colectiva, aunque suele suceder que no siempre se refieran a ella, pues en efecto, suelen confundirla con *metamemoria*. Este es un concepto acuñado por Joel Candau en sus diversos escritos, al cual define como la representación de cada individuo sobre la facultad de memoria (CANDAU, 2008, p.20), por lo que resulta muy difícil extrapolar su sentido a cualquier instancia grupal o colectiva. Sin embargo, podría servir el significado de metamemoria para comprender cuál es el efecto de los discursos memorialistas sobre públicos diversos. Nótese que posiblemente, los grupos sociales convertidos en públicos receptores de discursos memorialistas, pueden ser presa de la misma confusión observada en los propios discursos. En el momento en que allí se hace referencia a la memoria colectiva, se estaría más bien recreando una representación de la memoria: la metamemoria, que los públicos estarían confundiendo con memoria colectiva. Al respecto, Candau (2008, p.30) dice lo siguiente:

A menudo se confunde el hecho de decir, de escribir o de pensar que existe una memoria colectiva –hecho que puede constatarse fácilmente- con la idea de que lo que es dicho, pensado o escrito da cuenta de la existencia de una memoria colectiva. Brevemente: se confunde el discurso metamemorialista con lo que se supone que él describe.

Esa confusión se advierte frecuentemente entre quienes enuncian los discursos políticos repitiendo a conveniencia la idea de una memoria colectiva. Pero también se observa cuando algunos investigadores manejan a priori conceptos de memoria generalmente asociados a retóricas holistas. No obstante, en este punto cabe la pregunta: ¿quién no esgrime un concepto o representación de memoria, previo a cualquier constatación empírica? Siguiendo a Candau, el asunto estriba puntualmente en la confusión arriba señalada. Podría decirse entonces que políticos y algunos

investigadores⁵ estarían confundiendo la supuesta realidad de las memorias colectivas con su propia representación individual de las mismas (es decir, con la metamemoria). Esta confusión también estaría indicando el manejo común de las retóricas holistas, desde las cuales se divulgan versiones esencialistas de las memorias y las identidades. Mientras tanto, los públicos receptores sienten y creen en sus pasados y orígenes comunes, así como creen que todos creen en lo mismo. Sería en esa medida que se van reproduciendo a su vez las retóricas holistas. La siguiente cita de Ferreira y Michelon (2015, p. 83), remitiéndose también a Candau, aporta más argumentos a lo aquí dicho:

Para Candau (2011), a memória coletiva define-se menos pelo compartilhamento real que pela crença de que o mesmo possa ocorrer. Em outras palavras, a memória, construída através de um discurso que viabiliza a crença no compartilhamento, seria um elemento constitutivo de nossa identidade social.

Podría apuntarse entonces que la creencia en los contenidos de las memorias colectivas, junto a creer que todos comparten la misma creencia, habilita la eficacia simbólica de las memorias sociales en sí mismas. Esto sería observable en diversos contextos sociopolíticos de derecha y de izquierdas; en otras palabras: se trata del uso de la memoria para ejercer control social. Se está hablando fundamentalmente de las historias patrias, sobre las cuales se asientan muchas construcciones de supuesta memoria colectiva en los contextos latinoamericanos.

Por otra parte, creer en la existencia de una memoria compartida, sería producto – a su vez- de lazos afectivos. En ese sentido, Michael Pollak (2006), recordando palabras de Halbwachs, ha dicho que la memoria colectiva “(...) acentúa las funciones positivas desempeñadas por la memoria común, a saber, reforzar la cohesión social, no mediante la coerción sino mediante la adhesión afectiva al grupo (...)” (POLLAK, 2006, p.17-18). En efecto, dicha *adhesión afectiva* permite el desarrollo de creencias sobre orígenes y pasados comunes, transmitidos por medio de diferentes soportes. El discurso político sería uno de los soportes más eficaces, fundamentalmente cuando se patrocinan las nociones de patria, nación, libertad, historia, entre otras. Se trata entonces de discursos metamemorialistas (CANDAU, 2008), destinados a retransmitirse entre poblaciones

⁵ No obstante, pudieran observarse otros actores también presas de la misma confusión, como funcionarios públicos, líderes culturales, maestros, entre otros.

enteras, exhibiendo generalmente una misma estructura narrativa, versando así sobre la permanencia del grupo en el tiempo y emitiendo por tanto indudables afirmaciones identitarias.

Estos argumentos pueden hallar rechazo si se piensa en el auge actual de las memorias plurales y diversas en algunos contextos, frente a la memoria sólida que sustenta a la identidad nacional. Sin embargo, y aun cuando se sostenga incluso que “(...) las memorias, fuertes, poderosas, jerarquizadas, unificadoras omnipotentes, incluso totales, se derrumban hoy frente a memorias tal vez más débiles; en todo caso menos extendidas” (CANDAU, 2008: 199), también es posible observar lo contrario desde los países menos desarrollados, en donde todavía la idea misma de “historia patria”, convertida en discurso metamemorialista, funda memoria colectiva⁶.

Entre creencias y marcos sociales de la memoria

La obra de Maurice Halbwachs dio origen a la sociología de la memoria, tras elaborar una importante disertación sobre los marcos sociales por los cuales es posible el acto de recordar. El maestro los definió como: “(...) los instrumentos que la memoria colectiva utiliza para reconstruir una imagen del pasado acorde con cada época y en sintonía con los pensamientos dominantes de la sociedad” (HALBWACHS, 2004, p.10). Se apunta así la importancia de la sociedad ejerciendo influencia sobre el individuo. Siendo la memoria un ámbito semiótico por excelencia (tal como se ha querido notar desde un principio en este ensayo), la interpretación de sus contenidos depende entonces de esa influencia social proveniente de los marcos identificados por Halbwachs. Dichos marcos actúan y se dejan sentir en la pertenencia del individuo a diferentes grupos sociales, lo cual supone que la comprensión⁷ de los recuerdos se hará según la ascendencia ejercida por el grupo sobre éste. En esa medida “(...) cambiar de grupo implica cambiar de marcos y por consiguiente de recuerdos.” (COLACRAI, 2010, p.67). Esta posibilidad resulta muy interesante a efectos de la investigación sobre memorias

⁶ Véanse por ejemplo al respecto, las consecuencias sociopolíticas del discurso chavista en Venezuela, y la re-construcción de memoria nacional que en ese país acontece desde 1999, como ejemplo más elocuente.

⁷ Se entiende aquí a la comprensión como “comprensión del sentido”, siguiendo las enseñanzas de la fenomenología aplicada a las ciencias sociales.

sociales, pues anuncia el dinamismo posible de los recuerdos y sus significados, y en consecuencia la variabilidad sociohistórica de las memorias.

La adhesión a un grupo y a los marcos sociales de la memoria que a lo interno se construyan, dependería de cuánto se cree en ellos, siguiendo la argumentación aquí sostenida. Creer en un grupo, representaría así la posibilidad misma de recordar. Y si esa creencia se sustenta en la adhesión afectiva ya comentada, es necesario anotar también la existencia de otras maneras de creer en la narrativa de un grupo, al saber sede construcciones de memoria basadas en la violencia simbólica (COLACRAI, 2010), lo cual supone otro tipo de afectividades. Seguramente, una de las formas más violentas y controladoras de las memorias sean las llamadas memorias nacionales, tal como lo destaca el mismo Pollak, quien las identifica como *memorias encuadradas*, - citando a Rousso (2006, p.25) –, apuntando con ello al trabajo político de un grupo para generar memoria común. No obstante, parece que toda memoria, bien sea producida por violencia simbólica o no, se manifiesta en base a los marcos sociales definidos por Halbwachs. Para el maestro, dichos marcos serían instancias anteriores y exteriores a los individuos, pues su existencia continuada se mantiene con vigencia más allá de la vida individual de cada persona (Nótese con ello, la concepción positivista que hereda Halbwachs de Durkheim).

Considerados en esos términos, los marcos sociales de la memoria no podrían ser intervenidos por los individuos de manera particular. Voluntariamente entonces, ninguna persona lograría incidir sobre los marcos de la memoria. En efecto: “(...) las convenciones sociales que rigen sobre la memoria colectiva, las mismas que nos habilitan ciertos recuerdos y no otros, se modifican a lo largo del tiempo, pero este cambio no está marcado por los sujetos, sino por hechos externos que actúan sobre ellos” (COLACRAI, 2010, p.71). Serían entonces experiencias sociales o acontecimientos vividos por el grupo, los que podrían inducir esos cambios en los marcos sociales de la memoria⁸.

No obstante, queda más clara la influencia de los marcos sociales sobre la memoria individual. Eso ya lo habría explicado Halbwachs con algunos ejemplos, como lo

⁸Si la institución de la familia o el partido político, por ejemplo, sufren algún incidente importante, ¿ello podría generar cambios en los marcos sociales de memoria que esos grupos representan? Para responderlo, tal vez habría que volver la mirada hacia la importancia de la adhesión afectiva al grupo.

que ocurre tras abrir nuevamente un viejo libro que se solía leer durante la infancia. Cuando se tiene nuevamente el libro entre las manos, se siente la ilusión de revivir aquellos momentos, pero, de pronto:

Nos parece leer un libro nuevo, o al menos modificado. (...) Nuestra memoria, sin duda, retoma, a medida en que avanzamos, buena parte de lo que parecía haberse escurrido, aunque de una forma nueva. Todo sucede como cuando un objeto es visto bajo un ángulo diferente. (HALBWAHCS, 2004, p.105-106).

Esa mirada distinta que desde su actualidad puede hacer una persona sobre las propias experiencias pasadas, es resultado de la influencia en la memoria de los marcos sociales del presente. Joel Candau (2008, p.73) habría llegado a la misma conclusión, con otras palabras: "(...) la imagen que queremos dar de nosotros mismos a partir de elementos del pasado está siempre pre constituida por aquello en lo que nos hemos convertido en el momento de la evocación". Trasladar esta aseveración al plano de la memoria colectiva es todo un desafío, debido fundamentalmente a la condición singular de la memoria individual (RICOEUR, 2004), constatada, por ejemplo, al observar cuánto pueden diferir los recuerdos personales entre habitantes de un mismo lugar (CANDAU, 2008). La pregunta abierta sería, entonces, ¿cómo inciden los marcos sociales en las memorias colectivas?

Por lo pronto, queda clara la incapacidad absolutamente personal de cualquier individuo para intervenir en las memorias colectivas, mientras resulta admisible aceptar la influencia social que se puede ejercer hasta promover *re-significaciones* en las mismas. Y por dichas *re-significaciones* se lucha. Los actores sociales se enfrentan compitiendo en diferentes escenarios para legitimar e institucionalizar sus versiones acerca del pasado (JELIN, 2002), lo cual significa defender los marcos sociales de la memoria de cada grupo en cuestión. Allí no solo intentarán prevalecer cada uno sus propias narrativas, pues también entrarán en pugna por el privilegio único de ostentar la memoria en cuanto tal. Ello sería indicativo entonces, de la creencia de los individuos en la validez de la memoria como hecho cultural en sí mismo, por encima de sus

contenidos y *re-semantizaciones*. Esto es: más importante que la narrativa transmitida y objeto de cambios y transformaciones, es la memoria como posibilidad de volver presente lo que ya se ha convertido en ausencia. El grupo que logre imponer su

propia versión de las ausencias, conquista entonces la creencia de las personas en su versión.

Para la discusión

En resumen, las memorias colectivas pueden considerarse ámbitos semióticos con una estructura general sobre orígenes en común y pasados compartidos que se crean y *re-crean* al calor de las disputas de poder entre actores sociales. Estas disputas se producen en base a las representaciones que de memoria se tengan, o, dicho de otra manera, en base a la *metamemoria* (CANDAU, 2008). Por lo tanto, tan potente como los acontecimientos narrados en las memorias colectivas supuestas, sería la fortaleza de las metamemorias que resumen la creencia de los individuos en las memorias colectivas. Esta creencia habría de garantizar la legitimidad y per vivencia social de las memorias. A su vez, el contenido y significación de narrativas convertidas en “memorias colectivas”, sería patrimonio de los marcos sociales. Esos marcos pueden *re-significarse* entonces, y en esa medida los “recuerdos sociales” también, por lo cual –finalmente- los actores hacen cambiar al pasado.

Referencias

CANDAU, Joel. **Memoria e identidad**, Del Sol, Buenos Aires, 2008.

CANDAU, Joël. Bases antropológicas e expressões mundanas da busca patrimonial: memória, tradição e identidade. In: **Revista Memória em Rede**: Pelotas, Vol.1, N°.1, 2009. p. 43-58.

COLACRAI, Pablo. Releyendo a Maurice Halbwachs, Una revisión del concepto de memoria colectiva. In: **La Trama de la Comunicación**, Vol. 14. UNR Editora, 2010. p.63-73.

FERREIRA, Maria L., MICHELON, Francisca. Cicatrizes da memória: fotografias de desaparecidos políticos em acervos de museus. In: **Estudos Ibero-americanos**, Vol.41, N°.1, Porto Alegre, v. 41, n. 1, jan-jun., 2015. p. 79-97.

GILI, María Laura. La historia oral y la memoria colectiva como herramientas para el registro del pasado. In: **TEFROS**, Vol. 8, 2010. p. 1-7.

HALBWAHCS, Maurice. **Los marcos sociales de la memoria**. Anthropos. España, 2004.

HUYSEN, Andreas. Usos tradicionais do discurso sobre o Holocausto e o colonialismo. In: HUYSEN, Andreas. **Culturas do passado-presente: modernismo, artes visuais, políticas da memória**. Rio de Janeiro: Contraponto, 2014. p. 177-194.

JELIN, Elizabeth. **Los trabajos de la memoria. Memorias de la represión**. Siglo XXI, Madrid, 2002.

POLLAK, Michael **Memoria, olvido, silencio. La producción social de identidades frente a situaciones límite**. Ediciones Al Margen, La Plat, 2006.